

La ética protestante

Daniel Bell

Los universitarios de España y América Latina saltamos de la ética católica a la ética marxista. Nunca se nos enseñó —ni aún se enseña—, con suficiente dedicación, en qué consiste la ética protestante, la cual fue factor esencial de la revolución económica, científica y cultural del occidente europeo. Como también lo fue, evidentemente, del desarrollo de los Estados Unidos, nación la más europea de América. Nosotros nos quedamos bajo la cultura ética hispano-católica y allí permanecemos. Es necesario explorar, aunque sea tardíamente, hallazgos tan esenciales como los de Max Weber¹.

* * *

LA ÉTICA PROTESTANTE Y EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO, de Max Weber, escrita en 1904-5, es probablemente la obra sociológica más importante del siglo XX. Sin embargo, su título —y la posterior mitificación de la “ética protestante”— ha oscurecido la intención explícita del autor en su introducción, a saber, explicar el rompecabezas histórico de los últimos quinientos años, es decir, la pregunta de por qué una revolución total en la organización de la sociedad —en materia de derecho,

administración, economía, las artes, la religión y el desarrollo de la ciencia— sólo ocurrió en Occidente, y no en otras partes del mundo. Esa revolución fue la *racionalización* de la vida.

El impulso hacia la utilidad y la ganancia se encuentra en todas las sociedades, pero sólo en Occidente el capitalismo, como organización racional de la producción y balance calculable de los costos, tuvo arraigo y se desarrolló en la forma extraordinaria en que lo hizo. Fue

IV TRIMESTRE 1996

el esfuerzo por explicar el "comportamiento económico racional" lo que llevó a Weber a estudiar la religión. La pregunta de Weber era: ¿cómo la vida económica moderna reemplaza el modo tradicional, la ética católica de un orden fijo con base en la teoría escolástica del precio justo y el salario justo? Y para Weber, la respuesta estaba en "la ética racional del protestantismo asceta".

Lo que estaba diciendo Weber era que, en sus inicios, el capitalismo moderno requería un determinado tipo de personalidad que correspondía a la empresa capitalista como tal: el individuo metódico, disciplinado, orientado al trabajo. Para utilizar la frase de Weber (adaptada de Goethe), existía una "afinidad electiva" entre el carácter y los intereses materiales.

Sin embargo, la sola personalidad no podía romper los vínculos antiguos. También se requería una ética religiosa que suministrara justificaciones para la conducta y sanciones para los lapsos. Según la visión protestante del mundo, todo trabajo (desde el más elevado hasta el más bajo) era un "llamado" y, por lo tanto, era santificado, en contraposición con el concepto de que el trabajo era un castigo por el pecado de desobediencia del hombre. Así pues, la idea de un llamado —que según argumentó Weber no existía en códigos

religiosos o éticos anteriores— es una obligación moral que proyecta el comportamiento religioso hacia el mundo cotidiano.

Pero había también otra fuente, que Weber no desarrolló: el Nuevo Modelo Puritano de Ejército de Cromwell. Este fue uno de los ejércitos más inusuales en la historia de la guerra, pues hacía énfasis en la autodisciplina y el ascetismo e imponía castigos rigurosamente aplicados por conductas como ebriedad, saqueo o violación. La disciplina de este ejército, puede decirse, se trasladó a la fábrica. La lógica de la sociedad industrial, la racionalidad útil del comportamiento medios-fines, estableció los linderos del comportamiento económico.

La ética protestante como una forma de vida hizo énfasis, entonces, en la piedad, la frugalidad, la disciplina, la prudencia y la consagración esforzada al trabajo, y aplazó la gratificación. En cuanto a los llamados del cuerpo, "junto con una dieta vegetal moderada y baños fríos, para todas las tentaciones sexuales se da la misma prescripción que se utiliza contra dudas religiosas y una sensación de indignidad moral: 'trabaje con empeño en su llamado'".

La restricción sobre el consumo lleva a la acumulación de capital, una forma de vida, como Weber señaló, en que se hace dinero como un fin en sí mismo,

que "iba en contra del sentimiento ético de épocas enteras". Sin embargo, como observó Weber, "el sistema capitalista necesita esta consagración al llamado a hacer dinero, es una actitud hacia los

bienes materiales... que está íntimamente ligada a las condiciones de supervivencia en la lucha económica por la existencia. Esta no es, sin embargo, una descripción, sino un "tipo ideal".

La "prueba" de la prosperidad

SIN EMBARGO, UNA METODOLOGÍA TAL ENTRAÑA algunos riesgos. Por una parte, como ha sido evidente en Estados Unidos en los últimos años, ha sido invocada como un arma ideológica en las guerras culturales, cuando los polemicistas lamentan la pérdida de la ética protestante del trabajo, como si realmente hubiera existido dicha ética en este país. Por otra parte, cualquier aplicación real muestra cuán engañoso puede ser el constructo en lo referente a la historia.

Este uso equivocado del tipo ideal en lo que respecta a la historia está muy bien ejemplificado en *The Embarrassment of Riches*, de Simon Schama, una brillante exploración cultural de la república holandesa —la primera nación capitalista del mundo— durante su "época dorada" en el siglo XVII. A los holandeses les habían dicho los humanistas y Calvino que una gran riqueza era una prueba de fibra moral. Sin embargo, en la "prueba de la prosperidad", los burgueses holandeses sucumbieron al atractivo de la pompa y la exhibición. Como observó irónicamente Schama, las

repúblicas rara vez han vivido de acuerdo con la inocencia de sus orígenes; si nacen en la austeridad, invariablemente florecen en medio de pompa:

"En el cénit de su poder y brillo, a mediados del siglo XVII, la república holandesa no era más inmune que ninguna otra a los actos de autocongratulación elaborada. Los pueblos flamencos... habían unido el gusto borgoñón por la opulencia con su propia tradición vernácula de pompa cívica para producir ceremonias renacentistas de esplendor sin rival en el norte".

Así, según concluyó Schama, parte de la proposición de Weber, aquella según la cual la ética protestante restringía el consumo en beneficio de la acumulación de capital, "no es válida en el caso de los Países Bajos, el capitalismo más formidable que haya visto el mundo hasta el momento".

Lo que Weber pensó que podría ser válido para los orígenes del capitalismo, sabía que no lo sería después de que éste tuviera éxito. Como escribió, en una

1/ Este ensayo ha sido extractado de *The Cultural Contradictions of Capitalism, 20th Anniversary Edition*, por Daniel Bell. Copyright © 1996, Daniel Bell. Reproducido con autorización de Basic Books, una división de HarperCollins Publishers, Inc.

mezcla de resignación y desespero, en las páginas finales de su libro magistral:

“Desde que el ascetismo se empeñó en remodelar el mundo y hacer funcionar sus ideales en él, los bienes materiales han adquirido una importancia creciente y finalmente, ¿quién sabe?, se han escapado de la jaula. Sin embargo, el capitalismo victorioso, puesto que reposa en fundamentos mecánicos, ya no necesita su apoyo... En el campo de su más alto desarrollo, en los Estados Unidos, la búsqueda de riqueza, despojada de su significado religioso y ético, tiende a asociarse con pasiones puramente mundanas, que a veces le dan incluso el carácter de un deporte”.

Si éste ha sido el destino del ascetismo, es preciso ir a la otra cuerda de esta polifonía para entender las contradicciones culturales del capitalismo norteamericano. El tema de la codicia fue el *leitmotif* del otro gran historiador de los orígenes del capitalismo, antagonista de Weber: Werner Sombart. A Sombart casi no se le lee en la actualidad debido al estilo extenso, paradójico, inconsistente y contencioso de sus obras (y quizás porque su libro de 1930, *A New Social Philosophy*, era pro nazi). Sin embargo, fue Sombart quien acuñó el término “capitalismo” (Marx nunca lo utilizó) para designar un sistema interdependiente organizado en

torno al papel del capital de acuerdo con un plan definitivo que aplica conocimientos técnicos precisos para satisfacer las necesidades materiales.

Paradójicamente, su propia exposición sobre el desarrollo del capitalismo y sus características centrales no fue nada sistemática y con frecuencia fue contradictoria.

Según Sombart, la codicia y el oro eran el *fons et origo* del capitalismo, así como de cualquier empeño humano: “El amor por el dinero es uno de los fundamentos de la sociedad humana; arregla los matrimonios, produce tratados, funda estados y ciudades, confiere honor y renombre... estimula el comercio, la alquimia y la medicina... El arte de la guerra también está sustentado en la búsqueda de dinero; y el descubrimiento de nuevas tierras también, como bien lo supieron la reina Isabel y el rey Fernando, así como Colón”.

Sin embargo, fue el descubrimiento de oro en el Nuevo Mundo lo que abrió las compuertas al desarrollo económico occidental. “Si no la totalidad de la historia europea, por lo menos la historia del espíritu capitalista tiene que comenzar con la lucha... por la posesión de esa cosa maldita, el oro”. Y en *Der Bourgeois*, Sombart busca retratar la psicología de los nuevos hombres que ahora recorren la nueva geografía de las tierras fabuladas de Cathay e Imago Mundi.

Según él, estos hombres

—filibusteros, aventureros y empresarios— estaban entremezclados. El isabelino John Hawkins, comerciante y capitán de un barco “pirata”, no difería en nada de Cecil Rhodes, esgrimiendo espada y rifle, negociando en la bolsa de valores y convirtiéndose en un empresario capitalista que ejercía la fuerza bruta. (“Es raro encontrar [en Rhodes] incluso una pizca del espíritu puritano”). El empresario moderno que descubrió en América “reúne dentro de sí... al filibustero, al calculador inescrupuloso, al terrateniente y al especulador en uno solo. Cualquier magnate de *trust* servirá de ilustración”. Y es claro que la persona a quien Sombart tenía en mente era John D. Rockefeller, un hombre que sabía “cómo obviar cualquier restricción moral con un desacato casi infantil”.

Lo nuevo en todo esto es su “carencia de linderos”, la eliminación de límites naturales.

“No existen límites absolutos para la adquisición y el sistema ejerce una compulsión psicológica hacia la extensión sin fronteras... El carácter abstracto, impersonal de la meta indica su carencia de límites... Las utilidades, no importa cuán grandes, nunca pueden alcanzar un nivel lo bastante alto como para satisfacer al agente económico. El impulso positivo hacia la adquisición sin límites está basado en las condiciones de administración... Por lo tanto, la adquisición se

vuelve incondicional, absoluta. No sólo aprovecha todos los fenómenos dentro del campo económico, sino que se extiende hacia otros campos culturales y desarrolla una tendencia a proclamar la supremacía de intereses comerciales sobre todos los demás valores”.

La limitación, tanto de Weber como de Sombart, es que abordaron básicamente los orígenes del capitalismo, pero no sus transformaciones estructurales. El capitalismo moderno comenzó con la Revolución Industrial hace doscientos años, con los cambios tecnológicos en la creación de maquinaria para la producción mecánica de bienes, la construcción de miles de millas de vías férreas, la invención de barcos de vapor que podían navegar más rápidamente que el viento, y la migración sociológica —un cambio total de vida— de cientos de miles de personas a las ciudades. Todo esto constituyó una transformación de la vida hasta entonces desconocida en la historia de la humanidad.

El énfasis en la producción significaba un énfasis en la empresa renovable: la mayor necesidad de capital y una medición más estrecha de su rentabilidad, la organización del trabajo a gran escala, la atención a los mercados y la distribución, y una concientización de la tecnología como fuente del cambio y de la competencia acentuada.

El instrumento subversivo

SIN EMBARGO, EL CAPITALISMO DEL SIGLO XX trajo consigo una transformación sociológica en cierto sentido incluso más asombrosa: el cambio de producción a consumo como el punto de apoyo del capitalismo. Este fue el surgimiento de los bienes de consumo durables: automóviles, refrigeradores, televisores, lavadoras, secadoras, etc. Y todo esto creó la revolución en la venta minorista, sobre todo la invención del plan de pago a plazos, un instrumento altamente "subversivo" que menoscabó la ética protestante. Contra el temor de endeudarse, existía ahora el temor de no tener capacidad crediticia. En lugar de ahorrar para adquirir las cosas buenas de la vida, uno podía comprarlas de inmediato y pagar por ellas

después. El mercadeo y el hedonismo se convirtieron en las fuerzas motrices del capitalismo. Lo que hemos visto aquí es el cambio extraordinario, mucho más allá del "proceso civilizador", que, como dijo Schumpeter, permitió a las dependientas de almacén adquirir medias de seda y a las masas acceder al lujo.

En su maravillosamente atractivo y peculiar libro, *Luxury and Capitalism*, Sombart adujo el argumento idiosincrático de que el amor ilícito y el estilo de vida que éste producía dieron lugar al surgimiento del lujo... y al capitalismo. Por "amor ilícito" se refería a la amante y la cortesana en la vida de la corte, sobre todo la de Luis XIV, con su parque de cervatillas en donde brincaban sus cortesanos.

Una emancipación de la carne

SI ÉSTAS FUERAN TAN SÓLO EXTRAVAGANCIAS, aún siendo asombrosas, de una corte que exhibía con pompa su riqueza ante el mundo, no pasarían de ser curiosidades históricas. Pero no lo fueron. Significaron las transmuciones en la historia de la sensibilidad. "Esta concepción puramente hedonista de la mujer", como lo expresó Sombart, estaba en directa contradicción con las restricciones religiosas e

institucionales que la Iglesia había impuesto a las mujeres hasta entonces. Pero los encuentros sensuales celebrados en la corte, a veces con refinamiento, a veces con libertinaje, eran "una emancipación de la carne".

El resultado de la ostentación del amor ilícito fue la consolidación de la moda. La amante no era sólo una figura en la corte, sino la actriz, la *cocotte*, la *amant*, las *demoiselles de moyenne vertu*, la

mujer mantenida, la mujer de la ciudad. En Francia, casi todos los políticos importantes (hasta Mitterrand en nuestros días) tenían una amante reconocida, y autores de renombre, como Chateaubriand, fueron famosos por establecer la práctica de *cinq à sept*. Las *grandes cocottes* eran con frecuencia la principal atracción de las carreras de primavera en París; sus atuendos, que competían unos con otros en espectacularidad, eran cuidadosamente observados por otras mujeres y, a cierta distancia, por las esposas, que no deseaban quedarse atrás. Una versión teatral estupenda de esta escena se encuentra en la obra musical *Gigi*, la educación de una joven cortesana.

La existencia de todo esto implicaba que todas las locuras de la moda, el lujo, el esplendor y la extravagancia primero exhibidas por las cortesanas se convertían en

un estilo que luego era copiado, aunque no de forma tan espectacular, por las jóvenes y las esposas de clase media que también querían lucir elegantes y unirse al desfile de modas. Y si estas mujeres no podían ir a las carreras de caballos de primavera, pronto podrían, en el siglo XX, leer la gran cantidad de revistas de mujeres y modas —con nombres como *Glamour*, *Vogue*, *Cosmopolitan*, *Mademoiselle* e incluso *Seventeen*— que pronto llevarían a sus lectoras los nuevos diseños a todo color, retratados por los mejores fotógrafos, en un estilo que también se convirtió, en el trabajo de Richard Avedon e Irving Penn, en una "forma de arte". Y los diseñadores, como Hubert de Givenchy, Coco Chanel, Christian Dior, Yves St. Laurent y Oscar de la Renta, pronto se convirtieron en celebridades y en nombres comercializables para cosméticos.

Las persuasiones del oficio de la brujería

TODA LA PUBLICIDAD MODERNA ESTÁ ORIENTADA a esta tarea de vender ilusiones, las persuasiones del oficio de la brujería. Esa es una contradicción del capitalismo que persiste en la actualidad. Dos películas ejemplifican estos temas de modo diferente. Una es *Wall Street*, en la que el protagonista, interpretado por Michael Douglas, se dirige a una asamblea de accionistas recelosos y proclama las virtudes de la codicia

en voz alta y triunfal. La otra es *Pret à Porter*, de Robert Altman, en la que un desfile de modas en París, que iba a mostrar los últimos diseños de las grandas casas de moda, termina con un desfile de una modista cercana a la bancarrota, que origina un escándalo al hacer que sus modelos caminen por las pasarelas... ¡desnudas! Estas son las ropas del emperador.

Cuán lejos está todo eso de la ética protestante...

En Occidente, en los dominios de la economía y la cultura, la ética protestante (hoy en día un mito) se ha visto apabullada por el deseo de adquisición, y el modernismo terminó en la marisma del postmodernismo literario y el PoMo, su forma vulgar de discurso a la moda. En la contracorriente de la economía global, el capitalismo ahora ha sido llevado hacia el este, hasta el Pacífico, en donde una nueva ola de codicia (y de desigualdades) y una ideología neoconfucianista (y de nacionalismo político) se han convertido

en pilares de la nueva era. El erigirse con orgullo en un escenario histórico puede ser un logro suficientemente satisfactorio para estas naciones asiáticas por un tiempo, aunque la sombra siempre presente de China puede plantear una amenaza. Sin embargo, la pregunta más profunda persiste: si uno pierde sus vínculos con la tradición y la religión, ¿qué quedará del poder económico y el sincretismo cultural para estas "nuevas" civilizaciones, si no nuevas contradicciones del capitalismo?☺